

CRUCE DE CAMINOS

Todos hemos tenido algún momento en la vida en el que nos hemos mirado al espejo y no hemos reconocido la imagen que nos daba de vuelta, en el que nos hemos sentido totalmente perdidos sin saber qué rumbo tomar. Ese momento me llegó a mí a los 26 años.

Era una mañana como otra cualquiera. Un día más en mi monótona y nada sorprendente vida. Todos los días eran como un eterno déjà vu. Lo había intentado todo para recuperar esa chispa, esa sensación de autosatisfacción y de autorrealización.

Pensaba que nunca más volvería a sentir lo que había sentido con Carlos. Y lo peor de todo es que no le echaba de menos como persona. Lo cierto, es que había sido un novio desastroso.

Nunca estuvo emocionalmente disponible, no teníamos nada en común, peleábamos contantemente y jamás hacíamos nada juntos. Nada excepto una cosa, follar. Carlos follaba como nadie. Podíamos haber tenido la más horrible de las discusiones, o incluso no habernos hablado en todo el día, pero yo sabía que con un solo gesto, una sola mirada los dos pulsaríamos pausa y se abalanzaría sobre mí para darme el mejor sexo que jamás había tenido. O al menos eso era lo que yo creía.

Lo cierto era que todo había acabado y allí estaba yo, un miércoles, con las mismas perspectivas aburridas de siempre. Levantarse, limpiar la casa, actualizar mis redes sociales, mandar unos cuantos currículos, hacer un par de recados y volver a mi apartamento para cenar frente a la tele con algo de comida recién descongelada.

Con las legañas aun en mi cara me puse frente al espejo del baño mientras me lavaba los dientes moviendo el cepillo en movimientos circulares. Y, esa mañana, a pesar de ser la misma imagen de todos los días, algo se sentía diferente. Me miré en el espejo y no me reconocí. ¿Cómo había llegado a ese punto?

Antes de conocer a Carlos yo era una chica bastante independiente y activa. Cada día hacía algo diferente, follaba con quién me apetecía, hombre, mujer, eso no me importaba. Conocía mi cuerpo mejor que nadie y sabía que cuando mi coño empezaba a palpar con el simple roce de una caricia, esa persona iba a ser mía.

Sin embargo, en algún momento de mi historia, por alguna extraña razón, los sermones de mis padres, que por aquel entonces pensaban que acabaría sola y rodeada de gatos, calaron en mí y decidí ceder a la presión social aceptando una cita a ciegas.

En esa cita, un sábado en pleno verano, con el calor sofocante de la ciudad de Madrid, conocí a Carlos. Lo cierto es que me pareció un chico muy atractivo. Me contó que trabajaba en un banco desde hacía un año, que le gustaba hacer montañismo y que desde que me había visto llegar con mi minifalda vaquera, la cual he de reconocer no dejaba demasiado a la imaginación, estaba deseando meter su cabeza entre mis piernas y comerme todo el coño como si de un helado derretido se tratase.

Es muy probable que la respuesta del 80% de las mujeres, y quizás esté siendo demasiado generosa, hubiese sido darle un hostia en toda la cara y largarse de allí corriendo. Sin embargo, su sinceridad y su falta de pudor a la hora de expresar lo que su cuerpo le estaba pidiendo me volvieron tremendamente loca de deseo. Mis bragas comenzaron a humedecerse rápidamente, y mi garganta a penas me permitió emitir un leve sonido agudo, para decir que mi casa estaba allí al lado.

Esa noche no llegamos a entrar en mi casa. Eran las dos de la mañana y el portal de mi casa estaba totalmente desierto. Me puso contra la pared al lado de los buzones, y sin dudar ni un segundo se puso de rodillas y me bajo las bragas en un solo movimiento. Mi corazón latía a mil por hora, sabía que cualquier vecino podría entrar en cualquier momento, pero mi cerebro estaba demasiado ocupado recibiendo sacudidas de placer producidas por la lengua de Carlos abriéndose paso entre mis labios inferiores. He de reconocer que esa noche llegué al orgasmo en apenas 5 minutos, pero fue uno de los más intensos que había tenido hasta ese momento.

Y por alguna razón extraña, o quizás por la voz de mis padres clavada en mi cerebro, en lugar de verle por lo que era, un polvo maravilloso, decidí que quizás valía la pena convertirle en el novio que algún día presentaría a mis padres.

Dos años después y allí estaba, a mis 26 años, mirándome como me lavaba los dientes en el espejo de mi solitario apartamento sin reconocer a la persona que había al otro lado.

Por esa razón, y sin saber exactamente el motivo de mi decisión, cogí mis deportivas, las cuales estaban como nuevas ya que las había comprado en un arrebatado deportivo

hace apenas unos meses, las quité la etiqueta y con unos leggins y una camiseta que se había dejado Carlos cuando se fue, salí a la calle a correr.

Puede que fuera un acto de lo más estúpido, yo tampoco entendía cómo el correr iba a sacarme de ese bucle de autocompadecimiento en el que me había sumido. Pero mi cuerpo me pedía correr, me pedía huir de esa situación, y cuanto más corría más necesidad tenía de llegar lejos. Cualquier psicólogo me habría dicho lo obvio, que correr era una manera en la que mi subconsciente me decía que necesitaba un cambio de vida y dejar el pasado en el pasado. Pero cómo ya me sabía esa respuesta decidí ahorrarme el dinero de la consulta y seguir avanzando hasta donde me llevaran mis pies.

Sin darme cuenta me había metido en una zona de monte. Estaba rodeada de árboles siguiendo un camino que por lo definido que estaba debía ser lugar habitual para runners.

Me paré unos segundos para recuperar el aliento y cuando empecé a correr de nuevo me choqué de frente con una mujer que venía corriendo por el lado opuesto.

La verdad es que estaba lista para escuchar sus gritos y palabras de reproche por no haber mirado por dónde iba. Al contrario, aquella mujer morena, alta y de ojos grandes, comenzó a reírse a carcajadas sin motivo alguno. Su risa era de lo más peculiar, parecía más un ataque de hipo. Pasado un minuto, no había ninguna pista de que fuera a cesar. Debió de ver mi cara de sorpresa porque paró de reír al instante. Dos segundos más tarde me sonrió, extendió su mano y se presentó.

Se llamaba Alba. No sería capaz de afirmar si es cierto que nuestros nombres, dados por nuestros padres al nacer definan nuestro carácter, pero algo en su forma de pronunciarlo, con tanta seguridad y confianza, hizo que me sintiera intimidada. Su mera presencia había activado algo nuevo y a la vez familiar en mi interior. Decidí que lo menos que podía hacer después de semejante golpe era invitarla a tomar algo a mi casa.

Alba aceptó encantada y ambas no dirigimos hacia mi ya no tan solitario apartamento. Nos pasamos todo el trayecto hablando sin parar. De cosas sin importancia pero con una conexión increíble. Era una chica muy sonriente que contagiaba su entusiasmo solo con estar cerca de ella.

Cuando por fin llegamos a mi casa estábamos ambas empapadas en sudor así que le ofrecí darme una ducha en mi cuarto de baño. Le propuse que pasase primero mientras yo preparaba algo para picar, pero insistió en que yo me duchara primero.

Le hice caso y me metí en el baño. Dejé el agua correr para que el caliente comenzase a salir y me dispuse a quitarme la ropa sucia. Por alguna razón y como si de un acto reflejo se tratara decidí dejar la puerta entre abierta, lo suficiente para dejar ver lo que estaba pasando en el interior. La puerta de mi baño da directamente con el sofá del salón, y es muy fácil que quién esté en la sala vea, sin siquiera intentarlo, a quién está dentro del pequeño aseo.

Consciente de que podía estar observándome, me empecé a quitar la ropa lentamente. Cuando todas las prendas estuvieron tiradas en el suelo mis manos empezaron a acariciarme como si tuvieran vida propia. Me metí dentro de la ducha y baje la alcofa hacia mis partes mientras de mi boca salían unos gemidos nada tímidos.

A los pocos minutos la puerta del baño se abrió por completo. Alba se puso frente a la mampara de la ducha y me miró fijamente durante un minuto mientras yo seguía restregando el mango de la ducha contra mi clítoris.

Ella empezó a quitarse la ropa con movimientos suaves y muy sensuales, parecían los movimientos insinuantes de una serpiente preparándose para atacar a su presa. Cuando llegó a la parte inferior he de decir que me llevé una sorpresa bastante inesperada. Debajo de toda esa ropa ancha de deporte había un precioso cuerpo de mujer, sin embargo debajo de su ropa interior femenina se escondía una enorme poya erecta señalando en mi dirección.

No podía decir que yo fuera flor de un solo jardín pero la verdad es que nunca había estado en uno con ambos sexos a la vez.

Algo en mí comenzó a arder. Aquella perfecta imagen de la mezcla de lo mejor de los dos mundos estaba en mi baño delante de mí, esperando para que le diera permiso a proceder.

Mi coño estaba al rojo vivo, al límite entre el dolor y el placer. Mi lenguaje corporal le indicaba que tenía permiso para entrar. Sin pensarlo demasiado se acercó al cristal empañado con total seguridad y mantuvo el contacto visual hasta que el vaho de la mampara la convirtió en una figura borrosa.

Cuando por fin estuvo dentro, junto a mí, extendí mi brazo hacia su rostro, y con el dedo índice bordeé sus gruesos labios sin apenas rozarlos. Ella sostuvo mi muñeca entre sus manos e introdujo suavemente mi dedo en su boca. Su lengua era ágil y juguetona y sus dientes una trampa mortal para mi piel.

Me aproximé lentamente hacia ella, hasta que apenas cupo el oxígeno entre nuestros cuerpos. Mis manos con una necesidad imperiosa de explorar descendieron lentamente por sus hombros y rodearon su cintura hasta llegar a sus pechos. Sus pezones estaban tan erectos como su poya. Estaba deseando saborearlos, y cual niña caprichosa e impaciente me acerqué con la boca hacia ellos y los atrapé entre mis labios mientras mis manos sujetaban con firmeza sus grandes y poderosas tetas. Le dediqué un buen rato a esta parte mientras sus manos acariciaban delicadamente mis caderas sin llegar en ningún momento a rozar mi culo. Eso me enfureció por dentro. Sentía un deseo irrefrenable de que se apoderase de todo mi cuerpo y aquella calma estaba acabando conmigo.

Me giré frente a los grifos y de forma totalmente intencionada aparté mi pelo de la espalda y lo llevé de la forma más insinuante posible hacía el lado derecho, dejando mi hombro izquierdo al descubierto y a la espera de ser mordido por la serpiente que se encontraba expectante detrás de mí.

Se acercó lo suficiente como para notar su respiración ya irregular, sobre mi nuca. Me abrazó por la espalda mientras yo sentía sus grandes pechos en mi espalda y su enorme poya sobre mis nalgas. Era algo nuevo para mí pero muy excitante y placentero. Mi cuerpo gritaba de placer con su contacto y apenas habíamos comenzado a tocarnos.

Sus manos, suaves y con dedos largos, comenzaron a acariciarme justo debajo de mis senos dibujando una curva infinita. Parecía que estaba planeando una sesión de tortura de la que nunca podría escapar.

Mi clítoris estaba más hinchado de lo que jamás lo había estado, y mi coño comenzaba a palpar por necesidad, hambriento y con deseos irrefrenables de devorar su poya.

Sus manos se fueron deslizando por mi vientre hasta llegar al límite que separaba mi zona de deseo y mi ombligo. Creí que volvería a hacer lo mismo de antes solo por torturarme, que se detendría sin pudor alguno, disfrutando de mi excitante sufrimiento. Nuevamente me sorprendió, dejó lo que sus manos estaban haciendo y bloqueó mis

muñecas sobre mi espalda. Usó un coletero negro que tenía sobre la bandeja de los botes de jabones y champús, y lo uso como si de unas esposas se tratasen. Me dio la vuelta hasta que nuestros cuerpos estuvieron de nuevo frente a frente, me sostuvo la mirada unos segundos y cuando la tuve tan cerca que creía que me iba a besar, puso la mano sobre mi cabeza hasta que consiguió ponerme de rodillas. Abrí la boca sin rechistar, puesto que estaba deseando metérmelo en la boca desde que lo había visto erecto y pulsante señalarme desde el otro lado del cristal.

Me la comí como si llevase un año entero sin comer, con ansia y desesperación. Recorrí cada centímetro de su poya haciendo especial hincapié en cada zona que visitaba con mi lengua. Primero fue el glande, al que decidí recibir como cuando das tu primer beso, despacio y usando la superficie de tus labios, hasta que tu lengua va adquiriendo confianza y devora todo a su paso. En ese momento introduje todo su sexo en mi boca hasta que no quedó espacio por ocupar. En ese momento Alba soltó un grito de placer, y pude sentir como sus manos tiraban de mi pelo hacía arriba desesperadas por liberar aquella tensión acumulada en sus huevos.

Pero no iba a darle el gusto, mi clítoris seguía demandando lo que era suyo. Me levanté y la besé a conciencia, deseando que probase el sabor que su poya había dejado en mi boca.

Me di la vuelta y apoye mis manos sobre la pared, esperando a su embestida dentro de mí, dentro de mi coño dilatado y húmedo de placer.

Nuevamente no recibí lo que estaba esperando. Alba se acercó a mis nalgas y tras separarlas para facilitar la penetración, introdujo su poya por mi culo y comenzó a follarme sin miedo llegando hasta lo más profundo.

Había probado el sexo anal varias veces, pero jamás me había producido sensación alguna, era como una tarea que cumplir con el objetivo de tener mi propia gratificación posterior. Sin embargo esta vez fue muy diferente, mientras me follaba el culo con decisión y a un ritmo ininterrumpido, sus manos maestras y conocedoras de cada centímetro de mi cuerpo, exploraban sin temor. Su mano derecha pellizcaba uno a uno mis pezones, mientras su mano izquierda acariciaba mi sexo suavemente, a penas sin rozarlo, torturándome un poco más en cada contacto. Mi ano cada vez estaba más dilatado y sorprendentemente excitado. Nunca pensé que una mujer podría sentir placer

en esa parte del cuerpo, y lo estaba recibiendo en sacudidas que iban poco a poco en aumento.

Sentía su poya palpitando dentro de mí mientras introducía sus dedos en mi boca, dejándome probar el sabor que producía el placer que me estaba dando en mi sexo.

Alzó su brazo sobre mi cabeza para alcanzar algo que yo creía oculto entre el resto de mis accesorios de ducha. Unas brillantes bolas metalizadas que eran mis mejores compañeras en mis largas duchas de fin de semana.

A pesar del calor húmedo que bullía en forma de vaho por toda la habitación, el contacto de mis bolas chinas al entrar dentro de mí fue frío, lo cual tuvo un efecto todavía más excitante en contraste con la temperatura ambiente.

Al tiempo que sus pelotas rebotaban en mi culo, Alba movía rítmicamente mis bolas chinas dentro y fuera de mi cuerpo. Sentía como las pulsaciones de su poya empezaban a ser más constantes y cómo mi ser estaba a punto de abandonarse a aquel orgasmo que se anticipaba glorioso. A los pocos minutos y con unas últimas violentas sacudidas, Alba se corrió dentro de mí y ambas alcanzamos lo que fue, el mejor orgasmo de mi vida. Mi cuerpo llevaba tanto tiempo anhelando ese alivio que solté el grito más potente que me permitieron mis cuerdas vocales.

Exhaustas, permanecimos sentadas sobre el plato de ducha durante unos minutos dejando el agua caer sobre nosotras como lluvia caída del cielo.

Cuando salimos de la ducha a penas emitimos una sola palabra, nuestros gestos hablaban por si solos. Habíamos conectado a un nivel que jamás creí posible y menos entre dos personas que se acababan de conocer.

Una vez vestidas, Alba pareció darse cuenta de la hora y dijo que tenía que irse a una cita importante de trabajo. Nunca supe si era verdad. Por alguna extraña razón no llegamos a intercambiar nuestros teléfonos. En las semanas siguientes pasé más veces por aquel camino rodeado de árboles pero no volvimos a coincidir.

La verdad es que Alba, si es que ese era su verdadero nombre, siempre permanecerá entre mis mejores recuerdos. No por haberme dado el mejor sexo de toda mi vida, sino porque aquel día gris y monótono en el que casi me había dado por vencida, aquella desconocida me despertó de nuevo al mundo. Y al abrirlos me di cuenta que nunca había estado tan despierta, tan viva.

Desde entonces no he vuelto a depender de la opinión de mi familia o de la de los demás para ser feliz. Decidí que iba a vivir cada experiencia al máximo y a hacer que cada día contase como si fuera el último.

Es ahora a mis 30 años que echo la vista atrás y puedo decir que no me arrepiento de nada. En estos 4 últimos años he hecho lo que he querido cuando he querido. He amado, he follado y disfrutado como lo hice aquella mañana en el plato de ducha de mi pequeño apartamento, sin echar la vista atrás y con el cuerpo y la mente libres.

Por eso, esta nueva mañana de miércoles, mientras me lavo los dientes, lista para ir a trabajar, me miro en el espejo y como un acto reflejo el rostro que hay frente a mí me devuelve una sonrisa de plena satisfacción.

P.D. Confesaré que las bolas chinas colocadas dentro de mi coño húmedo están ayudando a dibujar la imagen del espejo y a que vaya mucho más motivada a trabajar.

FIN.

Firma: Lady Ambrosía